



1 - Si -respondió Julia-, reformé el gallinero de mi finca para convertirlo en estudio. Pero le prometo
que no encontrará plumas en él. Y la carbonera se ha convertido en mi cuarto oscuro, donde revelo los
negativos y obtengo las copias. Y en efecto, Emma, mi propósito es capturar ese instante de belleza
2 fugaz que puede desprenderse de cualquier objeto, que alienta siempre en todas las personas. Algunos
pintores piensan que la fotografía no es más que un proceso químico, sin alma, pero yo sé que puede ser un
arte. Como le dije a Herschel, la fotografía me permite mantener mi devoción a la poesía sin sacrificar la verdad.

- ¡Bien dicho! -exclamó Tennyson-. ¡Poesía y fotografía son una misma cosa, atrapar un destello de luz y llevarlo al
papel! Sólo que ella lo hace con imágenes y yo con palabras.

3 - Pero no quiero aburrirles con la fotografía -continuó Julia, mientras unos faisanes asados eran trinchados y servidos en
los platos-. Tenemos entre nosotros a un gran naturalista, el más célebre de Inglaterra, que seguro que nos deleitará con
las últimas novedades acerca de la evolución.

4 - No estoy tan seguro -contestó Darwin-. Quiero decir, no estoy seguro de mi celebridad, ni creo que tenga grandes
novedades que contarles. Actualmente estoy revisando los cambios que introduciré en la quinta edición de mi Origen de las
especies, como antes le contaba al señor Tennyson, y esto, junto con mi salud delicada, me ha hecho retrasar el trabajo en
los dos libros que quiero publicar cuanto antes.

- ¿Y qué cambios son esos, si puede saberse? Me hablaba usted antes de las críticas que ha recibido.

5 - Sí, la verdad es que estoy siendo ferozmente atacado, no sólo desde la Iglesia de Inglaterra, sino desde los propios
sectores científicos. De hecho, estoy especialmente impresionado por un ensayo que publicó hace un año Fleming Jenkin
en la North British Review...

- Jenkin, Jenkin...-interrumpió Tennyson-. ¿No es ese ingeniero escocés que anda tendiendo cables telegráficos a través del
océano?

6 - Sí, trabaja en el University College de Londres. Es una persona muy cualificada.

- Si -bramó Tennyson-, pero ¿qué diablos sabe un ingeniero sobre evolución?

- Lo suficiente para ponerme en aprietos -respondió Darwin-. Pero se trata de un tema complejo y seguro que aburrido
para estas damas.

7 - En absoluto, señor Darwin, estoy totalmente en contra de la idea de que haya temas interesantes para caballeros y
aburridos para damas -protestó Julia-. Continúe, por favor.

- Bien, si así lo desean... Como saben, mi idea acerca de la evolución se basa en la supervivencia de las variaciones más
aptas dentro de la gran variabilidad que tiene toda descendencia.

- Sí, la selección natural -dijo Tennyson.

8 - Bueno, Spencer me ha aconsejado que hable mejor de supervivencia del más apto, ya que toda selección implica un
selector, y algunos han aducido que este planteamiento sugería la existencia de un Plan Divino o un Gran Arquitecto. En
cualquier caso, yo pensaba que esta supervivencia de los más aptos explicaría la gradual variación de las especies a lo largo
del tiempo. Jenkin, en su artículo, me hizo notar que cualquier variación nueva que apareciera en un reducido número de
individuos terminaría, a causa de la herencia, diluyéndose en el grupo, aún cuando tuviera alguna ventaja. Por citar su
propio ejemplo, Jenkin decía que un naufragado blanco, que fuera rescatado y acogido por una tribu negra, a pesar de su
superior inteligencia y preparación no conduciría a un "blanqueamiento" de la tribu. Los hijos mestizos que pudiera tener,
9 tendrían descendientes con otros negros y, al cabo de varias generaciones, no quedaría ni rastro de aquel hombre blanco que
llegó a sus costas.

10 - Señor Darwin -intervino Julia-. Yo he nacido en la India y conozco bien las tierras salvajes. Le aseguro que ningún
blanco que naufragara en las costas de África tendría la menor ventaja en la lucha por la vida frente a los nativos. Ellos, y
no nosotros, son los que están realmente adaptados a su entorno.

11 - Es probable que tenga usted razón, señora Cameron, pero ese no es el punto. La cuestión es que los caracteres
individuales que puedan aparecer quedarán inmediatamente diluidos en las generaciones sucesivas. Y esto es un
inconveniente muy molesto para mi teoría.

- ¿Entonces Jenkin niega la evolución? -intervino Emily.

12 - No, en absoluto, simplemente niega que mi explicación sea correcta. Él, por ejemplo, no descarta que una especie pueda
aparecer de repente, así -chasqueó los dedos-. En esto coincide con Owen, el superintendente de Historia Natural en el
British, y otro de mis peores críticos. Pero ninguno de los dos propone ninguna explicación a esa aparición brusca ni
proporciona evidencias como hago yo.

- ¡Owen! -exclamó Tennyson-. Le conozco, hace tres años estuvo en la isla, en Sandown, buscando restos de esos viejos
dragones con el reverendo Fox. ¿Cómo les llamaba él?

- Dinosaurios -dijo Emma.

13 - Eso, ¡dinosaurios! Lagartos terribles, testigos del diluvio, desaparecidos para siempre...

- No esté tan seguro de eso, Tennyson, mi amigo Huxley piensa que las aves se originaron de los dinosaurios hace millones
de años.

- Con todos mis respetos, señor Darwin, creo que ustedes están exagerando con esto de la evolución. ¿Cómo puede ponerse en relación la delicadeza de un ruiseñor con la tosquedad de esas bestias feroces y gigantescas?

- Por favor, caballeros -medió Emily-, prueben ustedes este pastel. Está hecho con las más exquisitas manzanas de Newport.

Terminada la cena, pasaron al salón. Julia cogió del brazo a Emma, que se había quedado un poco rezagada y parecía indecisa.

- Venga, querida, aquí no tenemos esa horrible costumbre de hacer tertulias separadas por sexos después de la cena. Ya le dije antes, no hay temas masculinos y femeninos, aunque sí los hay excitantes y aburridos. Por cierto, me ha escrito mi hermana Sarah que mi admirado Stuart Mill está preparando para el año que viene un libro sobre el sometimiento de las mujeres. No deje de leerlo cuando aparezca, creo que va a llamar a la rebelión de todas las mujeres de Inglaterra contra las imposiciones de sus maridos.

- Mi pobre Charles no me impone nada -protestó Emma-. Si no me ocupara yo, no sé qué sería de él.

- La verdad -decía Darwin a Fennyson- es que mi situación es bastante incómoda. Yo me he limitado a explicar las observaciones que he recopilado a lo largo de mi vida, durante mi viaje en el Beagle, y luego aquí, con los criadores de palomas y otros animales domésticos. Yo sé que existe una adaptación al medio, y creo que la supervivencia del más apto, o la selección, o como queramos llamarlo, explican la adaptación y los cambios a lo largo de las épocas. Y no hago más que recibir duras críticas por parte de la iglesia anglicana...

- ¡Ese condenado Wilberforce! -exclamó Fennyson, sobresaltando a las tres mujeres.

... Y por parte de mis colegas del mundo de la ciencia, que son las que más me afectan. Todavía estoy pensando cómo responder a Jenkin en la próxima edición del Origen. Es posible que lo que se transmite a la herencia no sea la variación misma, sino una tendencia a la variación que puede luego manifestarse ampliamente ante cambios en las condiciones de vida. Se me dirá que esto no es mi teoría de la selección... Pero seré sincero. En realidad pienso que sabemos demasiado poco para explicar completamente cómo procede la evolución. Quizá sería mejor empezar por admitir la evolución e investigar los mecanismos implicados sin prejuicios. Por ejemplo, no sabemos cómo se determinan las características de las especies. No sabemos las causas de la variación. No sabemos cómo se transmite una variación a la descendencia. Yo creo en la pangénesis y en la existencia de gémulas, pero nadie ha encontrado pruebas de su existencia. En estas condiciones de inconsistencia creo que Jenkin puede tener razón, la posteridad considerará mi obra como nosotros a los átomos de Lucrecio, una mezcla de medias verdades y de la ignorancia de la época.

- Estoy segura de que no será así -le animó Julia-. Los átomos son pura fantasía de los antiguos, pero la evolución es un hecho, está ahí, cualquiera que no esté ofuscado puede verla. Y usted está ya siendo reconocido, como prueba la concesión de la medalla Copley.

- Es usted muy amable, señora Cameron, pero muchas veces me siento deprimido, ya que salvo algunos buenos amigos como Huxley o Wallace, todos los demás o rechazan la evolución o la aceptan de una manera muy distinta a la que yo propongo. El propio Haeckel, que está extendiendo el evolucionismo por Alemania...

- ¡Haeckel! -saltó Emma-. ¡Dios santo, ese alemán terrible! Charles y él estuvieron días enteros gritando y gesticulando, sin terminar de entenderse. Y al final él le dio a Charles un abrazo y se volvió a Jena tan feliz. ¡Yo no podía resistir el tono de su voz!

- Haeckel dice estar extendiendo el darwinismo en Alemania, pero su doctrina es bastante diferente a la mía. Y en cuanto a la medalla Copley, creo que la debo más a la influencia del club X que a mis propios méritos.

- ¿El club X? -preguntó Emily-.

- Sí, una sociedad de liberales y librepensadores que siempre me han apoyado incondicionalmente, entre ellos Huxley, Hooker, Spencer, Spottiswoode o Tyndall. Por cierto, Hooker, que ha estado visitándome aquí hasta ayer mismo, me ha dicho que tienen el proyecto de fundar una revista científica el próximo año. Huxley quiere llamarla Nature.

- ¿Y la X? -preguntó Emily-.

- Bien, creo que como no se ponían de acuerdo en el nombre, decidieron que la X era algo que no les comprometía a nada.

Todos rieron. La charla se mantuvo animada hasta muy tarde. Fennyson les emocionó recitando de memoria fragmentos de La princesa con su voz profunda y Julia les enseñó una colección de fotografías que trajo de Dimbola Lodge. Volvieron al tema de la compatibilidad entre evolución y religión, que Emma, Emily y Fennyson defendían vivamente, mientras Julia y Charles se mostraban moderadamente escépticos. Finalmente, Darwin agradeció a los anfitriones sus atenciones y se despidió de Julia Cameron con la promesa de acudir a su estudio para ser fotografiado antes de volver a Down.

Al día siguiente, tras el almuerzo, Emily se había retirado a descansar y Fennyson paseaba por el jardín, tratando de encontrar inspiración para el poema que quería escribir. La tarde era apacible. Jiri, el jardinero, se afanaba en un macizo de flores. A Fennyson le agradaba hablar con aquel muchacho culto y trabajador, de fuerte acento alemán.

- ¿Qué tal Jiri? ¿Cómo van las cosas?



1 - Bien, señor Fennyson, muchas gracias.

- ¿Qué noticias tienes de tu país? ¿Crees que ese Imperio Austro-húngaro que se acaba de crear traerá algo bueno para los tuyos?

2 - No sé, señor Fennyson. Creo que nada que viene de Austria es bueno para mi país.

- ¿Echas de menos a tu Moravia?

- A veces sí, señor Fennyson. Pero no puedo volver. Soy proscrito, buscan por desertor a mí.

- Sí, ya sé que huiste del reclutamiento cuando empezó la guerra con Prusia.

3 - Pero feliz aquí, señor Fennyson, gracias a usted y su esposa y a la señora Cameron. Feliz creando belleza en este jardín maravilloso.

- Y nosotros estamos felices contigo, Jiri. Nunca Farringsford, en los quince años que llevo aquí, ha conocido tantos colores. Esos púrpuras, esos matices del rosa, los infinitos azules... ¿Cómo es posible que la paleta de la Naturaleza nos proporcione tantos colores?

4 - No sé, señor Fennyson.

- Quiero decir -dijo Fennyson, recordando la conversación de la víspera e imaginando un náfrago blanco tumbado en la playa y auxiliado por nativos negros-. Estas plantas ¿se reproducen entre sí?

- Unas sí y otras no, señor Fennyson. Unas reproducen por el polen, otras por bulbos o esgujes...

5 - Entonces, Jiri, cómo es posible que los colores de las flores se mantengan, que aumente su variedad incluso, y no terminen mezclándose entre sí? ¿Por qué no acaban todas las flores siendo de un mismo color, mezcla de todos los colores?

- Colores no mezclan, señor Fennyson.

- Si que lo hacen Jiri, todo el mundo sabe que los colores de las flores se mezclan cuando se reproducen entre sí.

- Si señor Fennyson, pero luego se separan.

6 - Eso es absurdo Jiri. Si tú mezclas pintura blanca y negra, obtienes pintura gris, y ya no vuelves a tener pintura blanca o negra salvo que vayas a Easton a comprarla.

- No, señor Fennyson, mi tío Johann me enseñó esto no ser así. Si cruzo flores blancas y rojas, consigo flores rosas. Si vuelvo a cruzar flores rosas consigo flores rosas, blancas y rojas. Cada vez más colores, no menos.

- ¿Qué demonios estás diciendo?

7 - Mi tío Johann es un gran jardinero y estudia colores de flores en su abadía. Él me enseña todo lo que sé sobre jardines y flores. Él ha escrito sobre esto y me ha regalado libro justo antes de yo escapar de allí. ¿Quiere verlo?

- Me encantaría, Jiri.

8 Jiri dejó la escardilla y corrió hacia el cobertizo donde dormía. Volvió con una revista arrugada, titulada *Verhandlungen des Naturforschenden Vereines in Brünn*. Jiri la abrió por la tercera página y señaló orgullosamente el título: "Versuche über Pflanzenhybriden".

- Pero esto no está escrito por tu tío Johann, Jiri.

- Sí, señor Fennyson, es de mi tío Johann, hermano menor de mi madre. Él cambia nombre cuando entra en la abadía. Ahora se llama padre Gregor. Padre Gregor Mendel.

9 Gracias al cielo, pensó Fennyson, la exquisita educación francesa de Julia le había proporcionado suficientes conocimientos de alemán para ayudarle con la traducción del artículo. Después de dar las gracias a Jiri se había precipitado en el jardín de Dimbola Lodge a través de la puerta trasera que Julia había ordenado construir para que entrara el jardinero. Julia cortaba rosas con Mary, su hija adoptiva. Riñó cariñosamente a Fennyson por no usar la entrada principal. Le dijo que la gente de los alrededores terminaría pensando que aquella puerta trasera se había hecho sólo para las visitas clandestinas del poeta. Estuvieron toda la tarde traduciendo el artículo y finalmente Fennyson, aún más excitado que cuando llegó, encargó a Julia que pidiera a Darwin que pasara por Farringsford después de la sesión fotográfica prevista para el día siguiente, ya que tenía algo muy importante que decirle. Y que no le hablara de aquel artículo bajo ningún concepto.

10 Todo esto rememoraba Fennyson cuando vio por fin la simpática figura de Darwin saliendo de Dimbola, despidiéndose de Julia con la mano, y ajustándose el abrigo para protegerse del fresco de la tarde. Fennyson se guardó la revista en el bolsillo derecho de su gabán y salió a recibir al naturalista.

11 - ¡Qué alegría volver a verle, señor Darwin!

12 - Lo mismo digo, señor Fennyson, Julia ha insistido en que venga a visitarme, pero pensaba hacerlo de todas formas, para despedirme, ya que pasado mañana volvemos a Down. Espero que este viento no arrecie, no quisiera marearme en el barco.

- ¡Marearse usted, que dio la vuelta al mundo en el Beagle!

13 - Y estuve mareado buena parte de la travesía. A veces pienso que mis indisposiciones digestivas se deben a que aún no he dejado de estar mareado.

- Pasemos dentro, una taza de té caliente le sentará bien.

- Gracias, Fennyson. ¿De qué quería hablarme?

Alfred Fennyson dudó unos momentos, pero disimuló su vacilación llamando a la doncella para que sirviera el té. Esperó a que la muchacha se hubiera marchado.

- Darwin, me dijo usted anteaer que estaba terminando su libro sobre el origen del hombre.

- Así es.

- Y bien, ¿cuál es su idea al respecto?

- Bueno, el Origen dio lugar a una tremenda polémica, a pesar de que yo, en ningún momento, incluí al hombre en el marco de la evolución general. Mi proyecto ahora es reunir todas las evidencias de que los humanos se originaron de primates ancestrales. No es algo nuevo, ya que Huxley adelantó esto hace cinco años en su Evidencia del lugar del hombre en la Naturaleza y el tema también surgió en el famoso debate de Oxford, en 1860. Pero yo quiero hacerlo a mi estilo, respaldado con el peso de todas las observaciones que he reunido.

- Entonces, si los humanos somos producto de la evolución, ¿qué papel queda para el Creador?

Darwin bebió un poco de té, se limpió los labios con la servilleta y tardó un poco en contestar.

- Mire Fennyson, hoy estamos solos y puedo expresarme con más libertad que el otro día. Seré sincero con usted. Creo que con la evolución podremos explicar la Creación sin necesidad de recurrir a la intervención de un Creador. Creo que la idea de Dios se mantendrá en el futuro sólo en el sector de la población que necesite de la fe para enfrentarse a la angustia de la muerte. Y creo que el que no necesite tal bálsamo religioso podrá explicar el mundo y explicarse a sí mismo sin necesidad de recurrir a la existencia de Dios.

- Pero Darwin, ¿qué me está usted diciendo? ¿Es posible que no crea usted en Dios?

- A lo largo de mi vida he ido perdiendo la fe, gradualmente. En mi juventud estuve a punto de recibir las órdenes sagradas, pero luego la Ciencia me ha ido convenciendo de que la existencia de Dios, aunque fuera cierta, está más allá de nuestro conocimiento, y no es siquiera necesaria para explicar el Universo. No quiere decir que yo sea ateo, ya que los ateos niegan expresamente la existencia de Dios y yo no lo hago. Mi amigo Huxley ha inventado para esta actitud escéptica una nueva palabra: agnóstico. Nunca suelo hablar de esto en público, pero es porque no quiero herir a Emma. Ella es una fiel creyente, y sufriría si supiera mi cambio de actitud ante la religión. Por eso decía ella la otra noche que las iglesias me dan dolor de cabeza. La verdad es que prefiero inventar excusas antes de ir a un oficio religioso.

- Pero esto es atroz, Darwin, ¿cómo pueden ustedes, los evolucionistas, atribuir la belleza, la armonía de la Naturaleza a un proceso ciego de "supervivencia del más apto"?

- ¿Y usted me lo pregunta, Fennyson? Fue usted el que escribió "Naturaleza, roja en colmillo y garra...". Es usted el que increpa a la Naturaleza por ser tan descuidada con las especies y mucho más con las vidas individuales.

- "Mil tipos han desaparecido, no tengo cuidado de nada y todo marcha..." -recitó Fennyson en voz baja-. Es cierto, pero esa es la parte de mi poema *In Memoriam* donde expreso la desesperación por la muerte del amigo. En la última parte hablo de fe, de armonía del espíritu. Pero Darwin, ¿es usted consciente de que sus ideas pueden hacer que personas buenas, personas como su Emma o mi Emily, pierdan su fe, su escudo contra la angustia? La fe, la belleza y el conocimiento son las tres patas que como mínimo necesita la mesa de nuestra existencia para no cojear. Sobre dos patas esa mesa caerá, inevitablemente.

- Recuerde, Fennyson, que los humanos ya tuvimos que aprender a caminar sobre dos patas... En cualquier caso, yo no puedo evitar que el conocimiento y la razón vayan explicando cada vez más fenómenos y ganando terreno a la fe. La elección es de cada uno. Todos pueden elegir entre fe y razón o tratar de encontrar un compromiso. Yo, personalmente, no encuentro que ese compromiso sea posible y elijo la razón. De todas formas, Fennyson, olvida usted que mis ideas sobre evolución todavía están siendo ampliamente debatidas y que pueden quedar, como dice Jenkin, tan anticuadas y olvidadas como los átomos de Lucrecio. Sin más conocimientos, será imposible sacar estas ideas adelante. Será imposible convencer a los círculos ilustrados y, mucho menos, a los religiosos.

La revista de Jiri pesaba cada vez más en el bolsillo de Fennyson. Por un momento sintió que cobraba vida, que presionaba sobre su costado. Metió la mano derecha en el bolsillo y la sujetó con aprensión.

- Entonces, Darwin, usted piensa que mientras no sepamos cómo se determinan las características de los seres vivos, cómo cambian y cómo se transmiten a los descendientes, su teoría sobre el origen de las especies seguirá siendo sólo una idea plausible, y dejará espacio para otras posibilidades.

- Entiendo que así es, y lo encuentro bastante deprimente. Bien, señor Fennyson, perdóneme, pero se me está haciendo tarde, y mi coche está esperando ahí fuera. ¿Quería decirme algo más?

Fennyson sacó la mano del bolsillo y la extendió hacia Darwin, vacía.

- No, solamente quería despedirme de usted y desearle un buen viaje de regreso a casa. Y mucha suerte para el futuro.

Epílogo

En 1900, Correns, De Vries y Von Tschermak redescubrieron simultáneamente las leyes de la herencia que había formulado Mendel en 1865 y que habían pasado desapercibidas durante treinta y cinco años. El descubrimiento



conmocionó a todo el mundo científico y provocó que muchos investigadores abandonaran lo que estaban haciendo y se pasaran a la nueva disciplina, la Genética. La evidencia de que existían factores que determinaban los caracteres implicaba dos cuestiones fundamentales: ¿Dónde residían dichos factores? ¿Cuál era su naturaleza fisicoquímica? La búsqueda de respuestas a estas preguntas constituye buena parte de la la Historia de la Biología del siglo XX, y llega a su clímax con el artículo de Watson y Crick en 1953, publicado precisamente en la revista Nature. Darwin y sus contemporáneos nunca llegaron a conocer el trabajo de Mendel, lo cual impidió que en el siglo XIX se formulara una teoría de la evolución consistente (aunque esto no evitó que se aceptara la evolución como una realidad) y retrasó todo el avance de la Biología. Es difícil saber qué hubiera sucedido en caso de que el trabajo de Mendel se hubiera conocido en su momento. Pero resulta divertido jugar con la idea de que un poeta célebre, que vivió ciertamente un conflicto íntimo entre razón y fe, y un jardinero moravo (el único personaje ficticio entre todos los que se mencionan en esta historia) tuvieron en sus manos, literalmente, la posibilidad de cambiar el curso de la Ciencia moderna.

En el texto me he permitido algunas licencias menores. Por ejemplo, Julia Cameron en realidad fotografió a Darwin en tres ocasiones diferentes durante su estancia en Wight, y muy probablemente Darwin estuvo en Farringford en alguna ocasión antes de los días en los que transcurre la acción del relato, que corresponden al 15, 16 y 17 de agosto de 1868. Algunas biografías datan (erróneamente) la estancia de los Darwin en Freshwater durante el verano de 1867.

Lord Tennyson abandonó la isla de Wight en 1869, harto del acoso de curiosos y cazadores de autógrafos. En contra de sus propios deseos, Julia Margaret Cameron viajó a Ceilán en 1879 con los hijos que todavía vivían en Inglaterra, ya que su anciano marido quería verlos antes de morir. Julia contrajo allí una grave enfermedad. Virginia Woolf describe con emoción los últimos instantes de la vida de su tía abuela, la más importante fotógrafa del siglo XIX, yaciendo ante una ventana abierta, mirando el brillo de las estrellas en el cielo del trópico y exhalando su última palabra: Beautiful.

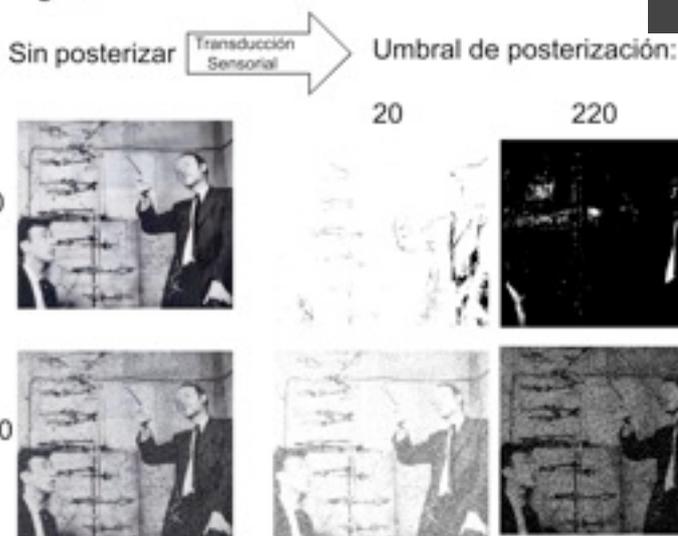
Ramón Muñoz Chápuli Oriol

Catedrático del Departamento de Biología Animal
Facultad de Ciencias Universidad de Málaga

chapuli@uma.es

NOTA: Este relato ha resultado finalista del "I Premio Nacional de Relato Corto sobre un Texto Científico", convocado por las Áreas de Literatura y de Ciencia y Tecnología del Servicio de Actividades Culturales de la Universidad de Murcia, y ha sido publicado en ellibro que recoge los relatos ganadores y finalistas al Premio.

Figura 1



Figuras correspondientes al texto Ruido vital firmado por Juan Carlos Aledo (ver texto en página siguiente)

Fig. 1. Papel constructivo del ruido en la percepción. (Explicación en el texto).

Figura 2



Fig. 2. En ausencia de ruido, una señal periódica portadora de información pasa desapercibida al no superar el umbral de detección (izquierda). Un ruido moderado permite percibir la periodicidad de la señal (derecha).